

Antxon Iturriza

Loli López Goñi, pionera del alpinismo femenino vasco BLANCANIEVES Y LOS DIECISIETE GIGANTES



■ Carnet de la ENAM de Loli López Goñi



■ Histórica foto de la fundación del GAM vasco en Eibar en 1959. Loli era la única mujer
FOTO ARCHIVO C.D. EIBAR



■ Loli entrega el premio que lleva su nombre a Edurne Pasabán
FOTO ANTONIO ORTEGA

EN la última Gala del Montañismo Vasco, celebrada en Gasteiz el pasado febrero, uno de los momentos más emocionantes fue cuando una mujer mayor, acompañada de su nieta, subió al escenario para entregar a Edurne Pasabán el galardón a la mejor actividad femenina. Salvo los montañeros veteranos, casi nadie le conocía, pero aquella dama de apariencia frágil que dejaba en manos de la tolosarra el premio que llevaba su nombre era Loli López Goñi, la pionera más relevante que ha tenido el alpinismo vasco.

Estas dos mujeres, unidas por una misma pasión hacia la montaña, representaban, en cambio, dos momentos sociales y dos concepciones del alpinismo femenino muy alejados entre sí.

En tiempos de Loli no había focos sobre su persona como los que persiguen ahora los pasos de Edurne. Sólo una linterna de petaca que se encendía en el vivac en medio de la madrugada, para iluminar los prolegómenos de una nueva aventura. Poco después, Loli e Imanol partían juntos hacia la montaña en la soledad cómplice de la madrugada, unidos por una cuerda de seguridad y por otra mucho más fuerte de cariño.

UNA LAMBRETTA ROJA

TODO había empezado un día de 1956 en un sótano de la calle Aldamar donostiarra, donde tenían su sede los montañeros del Amaikak Bat. Loli era entonces una veinteañera que se había acercado tímidamente al veterano club con ánimo de participar en sus excursiones. Allí conocería a un joven entusiasmado por la escalada que le invitó un día a trepar por una pared. Aceptó sin vacilar y al domingo siguiente se veía, por primera vez en su vida, colgada de una cuerda escalando la pared de Uzturre. No sintió ningún miedo. Antes al contrario, aquellas sensaciones de vacío le atraían como un juego sugestivo, como si desde siempre hubiesen formado parte de las dimensiones de su vida.

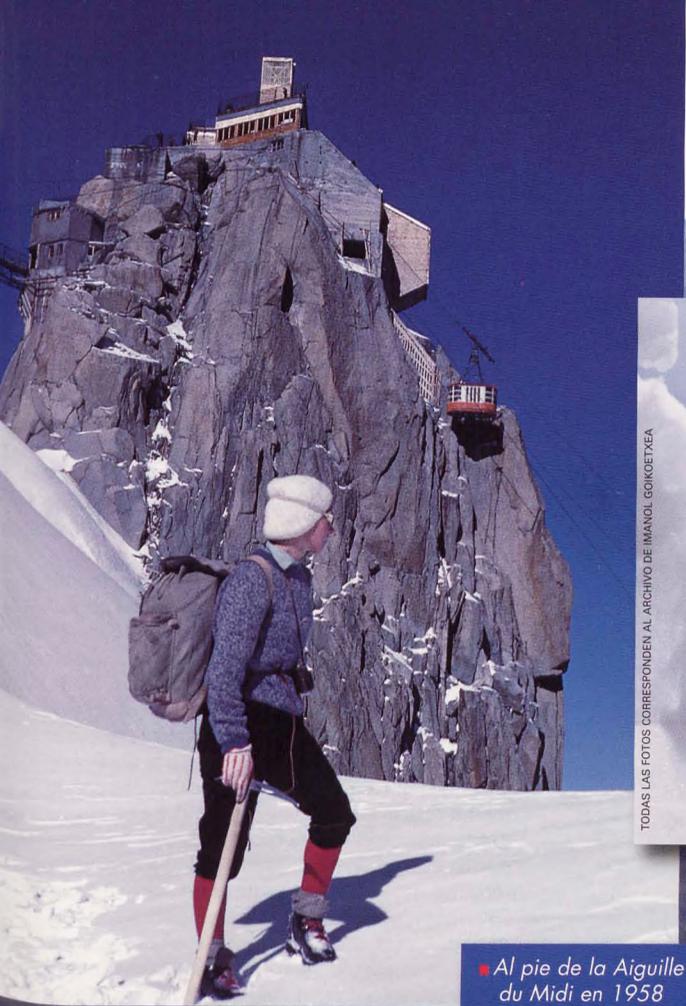
A partir de ese momento, la Lambretta roja que tenía Imanol se convirtió en un caballo alado que cada fin de se-

mana les transportaba a un lugar mágico. Y mágico fue aquel amanecer a orillas del Ara, cuando al salir de la tienda Loli descubrió un paisaje recién nevado y dos sarríos pastando en los alrededores. Eran momentos en los que se podía sentir como Blancanieves, rodeada de un escenario de cuento de hadas.

La nieve les acompañó en aquella travesía pirenaica hasta alcanzar la cima de la Gran Facha. Era su primer tresmil.

DESCUBRIENDO LOS ALPES

CORRIAN entonces tiempos complicados para las pioneras del montañismo. Por el hecho de vestir pantalones le expulsaron un día de San Antonio de Urkiola y los jesuitas donostiarra le recomendaban que se pusiera en la última fila.



■ Al pie de la Aiguille du Midi en 1958

TODAS LAS FOTOS CORRESPONDEN AL ARCHIVO DE IMANOL GOIKOTXEA



■ Loli López Goñi ha sido la primera vasca en ascender al Mont Blanc y al Cervino

En el verano de 1958 dejaron aparcada la moto para montar en un tren en Hendaia. Muchas horas después, bajaban en la estación de Chamonix. Habían llegado a la capital de los Alpes.

Escalaron en las agujas de Chamonix y después subieron con facilidad al Mont Blanc. Loli se convertía así en la primera mujer vasca en alcanzar la corona de los Alpes.

Y allí, rodeada de nieve y glaciares, volvió a convertirse en Blancanieves, a sentir que aquél era su lugar en el mundo.

Unos días más tarde, la pareja pernoctaba en el refugio de Hörnli, al pie mismo del Cervino. Tras haber escuchado misa a las tres y media de la madrugada en el mismo refugio, el 15 de agosto de 1958 Loli e Imanol se acordaban al pie de la arista de Hörnli.

Unidos como en la vida real, escalan sin titubeos por la mítica arista. Llegan al último tramo. Loli toma la cabeza de la cordada. Las gruesas cuerdas de cáñamo están cubiertas de hielo. Las manos se le quedan pronto insensibles.

Y llegan a la cúspide de la pirámide de Zermatt. Loli es también aquí la primera mujer vasca. Están ellos solos. Es un momento de plenitud cuando ambos se abrazan emocionados. Imanol escribe: "Diez y cuarto de la mañana, 4.505 metros de altitud, en un día en el que el mundo es nuestro...".

Para entonces, Loli López Goñi era ya bien conocida por su destreza en las paredes de Santa Bárbara, Egin o Amezketeta. Siempre pionera, era la única mujer de nuestro país capaz de superar un quinto grado de dificultad. Y, cuando el 25 de octubre de 1959, en los locales del Club Deportivo Eibar, se constituyó el Grupo de Alta Montaña vasca, en la foto que quedó para la historia, aparece su figura frágil, su cara suave, su cabellera rubia, rodeada de bíceps reventones y rostros curtidos. Era, una vez más, como Blancanieves, rodeada, no por enanitos, sino por diecisiete gigantes de la montaña.

En 1960 nació Imanol. Era un momento feliz y también complejo para que una mujer pudiera seguir activa en la alta montaña. Loli, siempre discreta, con el silencio y la de-

terminación como argumentos, pelearía por compatibilizar los deberes maternos con su afición a la montaña. Y así, el pequeño Imanol, que antes de nacer ya había recorrido parajes pirenaicos en el vientre de su madre, empezó a dar sus primeros pasos al pie de las paredes de Santa Bárbara, mientras sus padres escalaban.

Haciendo encaje de bolillos con las subordinaciones familiares, aguantando las reprimendas de los padres, luchando contra los convencionalismos, Loli e Imanol se las iban apañando para escapar cada vez que podían hacia la montaña. Un día la Aguja de los Glaciares, otro la norte de la Jean Santé, más tarde la norte del Perdido o la oeste del Petit Pic en el Midi...

EN LAS MONTAÑAS VASCAS

R EGRESARON a los Alpes en 1962 para enfrentarse a la vía Mayer-Dibona, en el Dent du Requin. Blancanieves volvía a su mundo. El vivac va a ser hermoso: "La noche resulta extraordinariamente bella en este vivac, asegurados por una sólida clavija, junto a un vacío de centenares de metros. Es un mundo aparte, casi desconocido, en el que estamos refundidos con la montaña y pasamos a formar parte de ella".

Con las primeras luces del amanecer reanudan la escalada. Loli, como tantas otras veces en cabeza de cordada, salva un desplome y grita a Imanol: "¡Cumbrel!".

Son instantes de magia, casi de levitación. En una pequeña plataforma se quedan a descansar al sol. "Allí pasamos un buen rato contemplando la magnífica belleza de los Alpes; este mundo de nieve y roca donde las estrellas brillan al mediodía, según han definido los guías de Chamonix...".

Julio de 1963. "¡Imanol!, estoy en la rígora. Voy a cruzarla". La voz tensa de Loli resonaba entre las paredes del tétrico couloir de Gaube, que pocas veces había escuchado la voz de una mujer. Les llueven piedras desde el Pitón Carré. "Hay que escapar rápidamente de aquí", previene Imanol. Superan el Bloque Empotrado y consiguen salir al glaciar. Desde allí pueden mirar ya por encima del hombro al legendario couloir de Gaube.

Llegó luego Nekane y las crecientes obligaciones familiares hicieron que las montañas lejanas fueran quedando todavía más distantes. De las grandes cimas de los Alpes, Loli e Imanol pasaron a los modestos montes vascos. Y en ellos siguieron disfrutando hasta completar cinco listas de centenarios. No importaba su nombre ni su altura; lo importante era estar en la montaña.

Ya no era necesaria una cuerda entre ellos, porque la vida les había unido con unos nudos que nunca se podrían soltar. □